

El origen del arte

Este relato empieza cuando la historia aún no se llamaba Historia y la humanidad estaba recién estrenada. Los paisajes eran verdes, salpicados por poblados pequeñísimos. En uno de ellos vivían Marta y Ona; dos mujeres muy especiales. Marta tenía una melena del color de las avellanas, su carácter era tan enérgico que quien la conocía no la olvidaba nunca. Ona era muy alegre, su sonrisa se contagiaba y sus ojos tenían la virtud de hablar por sí solos. A pesar de vivir en una época sin Historia, nunca se aburrían, ya que estaban acompañadas de dos viejos amigos: Gus y Mery. Él era un perro de patas cortas, carácter inquieto y muy cariñoso, por contra, ella era una yegua de fuertes patas, de personalidad tranquila y responsable.

Los paseos matutinos de los dos animales eran cotidianos, disfrutaban de sus aventuras. Gus, como era vital y animado, tenía agudizado el sentido del rastro. La tranquila Mery se alarmaba del carácter jovial de Gus, *¿y si se perdía?* -se preguntaba asustada. Un día, encontró la solución ideal para los dos. La yegua se tumbaría en el suelo y Gus con un saltito se podría acomodar en su lomo. Así, los dos disfrutarían por igual.

Un bello atardecer de primavera, Gus y Mery, divisaron una cueva. Si no hubiese sido porque de ella emanaba una mágica aura dorada, no se habrían acercado. De un espectacular salto, Gus se coló en su interior y en cuanto sus ojitos se acostumbraron a la oscuridad, se maravilló de lo que veía. Con una alegría inusitada pidió a su gran amiga que asomara la cabeza. Mery, con los ojos como lunas, quedó maravillada igual que él.

No tardaron en dar cuenta del descubrimiento a Marta y a Ona. Tanto insistieron Mery y Gus, que ellas se dejaron guiar al lugar. La oscuridad las obligó a encender una hoguera que iluminó el interior de la cueva. La perplejidad de las dos mujeres fue mayúscula: ante ellas había unos objetos que veían por primera vez. Al tocarlos uno por uno, sintieron un cosquilleo. Debían ser muy valiosos... Los cuatro pasaron mucho tiempo examinando esas figuras hasta que el sueño venció a los cuatro. Cuando ya amanecía, se despertaron al oír unos murmullos de gente que se acercaba. *¡Seguro que serían las personas responsables de elaborar esas maravillas!* Precipitadamente, las dos mujeres y Gus saltaron encima de Mery, desapareciendo al galope.

La poderosa voz de un viejo sabio, conocido por sus predicciones, despertó a toda la aldea. Marta, Ona, Gus y Mery se sumaron al grupo de gente que quería oírlo.

–Un gran diluvio azotará nuestros hogares –proclamaba el sabio luciendo su larga y blanca barba. –¡Tenéis qué huir!

Un desolador quejido se extendió por las gentes, y salieron en busca de sus humildes enseres para luego buscar refugio. Mientras, Marta y Ona, con sus escasas pertenencias, se percataron que no podían huir y olvidar los fabulosos objetos de la cueva. Pensaron cómo salvarlos. Recordaron la forma en que Gus se hacía la cama con ramas y hojas cada noche y guiándose por esa idea empezaron a recolectar vegetación.

Con el tiempo, habían construido una enorme arca en la que colocaron los mágicos objetos y algunas rocas de diferentes características. El diluvio duró meses, por eso, Marta y Ona aprendieron a esculpir esas rocas. El perrito y la yegua se dedicaban a seleccionarlas según tamaño y dureza. Y así, en el arca, flotando y flotando, los cuatro amigos elaboraron bellos objetos; figuras, collares, herramientas...

Y, ¿para qué?

Nunca lo supieron.

Marta, Ona, Gus y Mery habían irrumpido en el origen del arte en la historia.

Pili Egea